11816

APELES MESTRES

El veranillo de San Martín

Idilio dramático en tres actos

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913

6

El veranillo de San Martín

Esta obra es propiedad y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL VERANILLO DE SAN MARTÍN

IDILIO DRAMÁTICO EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

APELES MESTRES

VERSIÓN CASTELLANA POR

Román de Saavedra

Esta traducción fué estrenada en el teatro «Centro de la Unión», de Vilafranca del Panadés, por la compañía de don Fernando Vilallonga, en Enero de 1913

BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

PERSONAJES

DON JOSÉ MARÍA Médico de pueblo, 60 años, fuerte y ágil; joven de cuerpo y espíritu; caracter jovial. En sus maneras hay distinción y naturalidad. Cabello gris, tirando a blanco. Va completamente afeitado. Viste terno gris, sombrero flexible y botas claras. Calza espuelas.

ANGELILLA 19 años, tipo fino y delicado. Pálida y un poco demacrada en el primer acto. En el tercero, saludable y alegre, vivaracha y muy cuidadosa en el vestir.

AMBROSIO 50 años, labrador acomodado. Padre de Angelilla. Hombre excelente.

MARIÁNGELA 45 años, madre de Angelilla. Digna compañera de su marido.

FRASCO 35 años, cabrero del cortijo.

RABICHE Zagalillo, 14 años. Listo y atolondrado.

ANTONIA 74 años, criada de don José María. Fuerte y bien conservada aunque un poco entorpecida por el peso de los años. Figura anticuada.

DON MATÍAS 61 años, boticario, solterón. Viejo verde con ribetes de cínico.

DON CANUTO 62 años, notario, solterón también, pero más comedido que el anterior.

DON JUAN GALLARDO 62 años, solterón como los anteriores, pero con más pretensiones en su vestido y ademanes.

PEPE ALONSO 55 años, labrador rico denunciando al hombre calculador y cicatero.

RAFAEL Hijo del anterior. Viste con cierta elegancia más propia de ciudad que de pueblo.

PEPOTA Criada.

UN MOZO DE LABRANZA

Frasco, Rabiche, la Criada y el Mozo visten traje campesino

La acción en Andalucía a últimos del siglo XIX

ACTO PRIMERO

Amplia cocina de un cortijo andaluz. Al fondo, derecha, gran chimenea de campana con cortinillas. A ambos lados de la chimenea sendos poyos de mampostería y entre uno de éstos y aquélla, el horno de pan cocer. Penden de las paredes, cuidadosamente enjalbegadas, enseres de cocina de azófar y cobre resplandecientes de limpios y algún que otro cromo chillón. Todo indicando limpieza y cierto bienestar. Sobre una repisa, un reloj despertador parado y con funda. Una alacena. Mesa en primer término. Puertas al fondo y derecha; la primera comunica con el patio de entrada del cortijo; la segunda con las «salas» o habitaciones del cortijero.—Mañana de Julio.

ESCENA PRIMERA

AMBROSIO y FRASCO

(Ambrosio sentado en primer término de codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, denotando preocupación. Entra Frasco por la izquierda con un jarro de leche en la mano. Lleva zurrón a la espalda. Durante estas tres primeras escenas Pepota tragina cerca de la lumbre, saliendo y entrando alguna que otra vez por la puerta del fondo.)

FRA. Con permiso. Aquí traigo la leche pa la mocica. Ya le puen decir que se la he ordeñao yo mesmo de la cabra blanca, que es su prefería.

AMB. Bueno, déjala aquí, que yo mismo se la llevaré.

FRA. ¿No quié usté que se la lleve yo?

675172

AMB. No; si tengo que ir de toas maneras. (Levantándose.)

FRA. ¿Ha habío alguna noveá?

AMB. No; too ha sido un desmayiyo sin importancia; de la misma debilidá.

FRA. ¡Como que no come! Si too lo que ella toma en un día cabría aquí dentro. Y eso, hay que desengañarse, se aguanta un día, dos, pero quince, un mes, como ella... ¡Vamos! Y si no, anque esté mal la comparanza, misté er ganao...

AMB. (Impaciente, cogiendo el jarro y disponiéndose a salir.) Bueno, hombre, bueno; déjate de ganao y de comparanzas. Siempre estás con sermones... ¡Y ya sermones estoy yo!...

ESCENA II

Dichos y MARIANGELA, por la derecha

AMB. ¡Hija, ni con reclamo!... Ahora mismo iba a llevarle la leche. ¿Cómo está Angeliya?

MAR. Bien; es decir, una miaja alicaía—y no es pa menos, después de lo de enantes—pero más tranquila. Le he preguntao si quería un poquiyo é leche recien ordeñá y me ha dicho que le paece que sí.

FRA. Vamos. Güena señal. Usté, señá Mariángela, enseguía se asusta.

MAR. (Con viveza.) ¡Ay, Frasco! Cuando seas padre ya me lo dirás. ¡Ah! ¿Has mandao a Rabiche a avisar a don José María?

FRA. Sí; ya hace un güen rato.

MAR. ¿Habrá dao con la casa?

FRA. ¡Jinojo! ¡Con los ojos cerraos! Tomas la carretera, sigues siempre palante, llegas al pueblo; lo primero con que tropiezas en el pueblo, es la plaza; el caserón más grande y más viejo de la plaza—que paece un convento—es la casa de don José María... Más claro, agua.

MAR. Dios quiera que lo haya encontrao en casa.

FRA. ¿Ve usté? Eso ya no es tan claro; porque aquel demonio de hombre—que es un azogue—desde que sale el sol ya está corriendo por esas sierras de un cortijo al otro.

MAR. (Cogiendo el jarro y disponiéndose a marchar.) De toas maneras, cuando llegue el muchacho avísame, que estoy con cuidao. (Vase por la derecha.

FRA. ¡Jinojo! ¡No vaya usté tan aprisa! Anque le ayan nacío alas al chiquillo, entre ir y gorver no pué echar menos de un par de horas; eso contando corto... y si no se entretiene.

ESCENA III

AMBROSIO, FRASCO y en seguida RABICHE y PEPOTA

AMB. (Que durante la escena anterior ha estado mirando hacia afuera por la puerta del fondo, vuelve con aire de paciente espera hacia el proscenio y dice para sí:) Claro; no pué estar aquí antes de dos horas.

RAB. (Entra echando los bofes, por el fondo.) ¡Atiza! ¡Que solana nos espera hoy! Ya la sienten las chicharras. Traigo el pecho lleno. (Sorpresa en los otros dos.)

FRA. ¿De dónde sales, condenao?

AMB. (Enfadado.) ¿Así haces los recaos que se te encargan?

FRA. (Dándole un cogotazo.) ¿Así has ido al pueblo, buena pieza?

RAB. De allí vengo.

FRA. (Amenazándole.) ¡No sé como no te!...

RAB. ¿No lo quien creer? Pues pa que lo sepan: he visto a don José María, le he dao el recao y dentro de poco le verán ustés entrar por esa puerta. Y si no ¿qué me dan?

AMB. Vamos ¿hablas de veras?

RAB. ¡Por estas!

FRA. ¿Lo has encontrao po er camino?

RAB. (Riendo y batiendo palmas.) ¡Cabalito! ¡Miren ustés si tengo suerte! Llegaba yo a las rocas del Fraile—¿saben que hace aquel recoo el camino?...—Cuando oigo tracata, tracata, tracata... Y ¿qué dirán ustés que me veo por entre las pitas? Un cacho é paraguas colorao como una plaza é toros. Yo que me digo: «Si no es él que me ajorquen,» y no bien lo he acabao e decí, cuando me veo delante a don José María montao en su jaca. Yo que le digo: «Ahora mesmo iba a su casa.» El que me dice: «¿Ha pasao algo en la Montesina?» Yo que le digo...

AMB. Y dale con el digo y con el dice. ¡Acabarás de una vez!

FRA. Bueno; y ¿por qué no se ha venío contigo?

RAB. ¡Si no me dejan acabar! El que me dice: «Dile al señor Ambrosio que no hago más que llegarme al cortijo é la Cuesta, que parece que la agüela está en las últimas y antes é un cuarto de hora estoy en la Montesina.

AMB. Vamos, ¡gracias a Dios! Too ha salío a pedir de boca.

RAB. Y ahora voy a remojarme una miaja el gaznate, que he venío con la lengua fuera y sin pararme ni pa respirá.

AMB. Y esas chicharras, so esaborío ¿se te han metío solas en la pechera?

FRA. (Persiguiéndole.) ¡Tira eso enseguía! ¡Cómo si no tuviésemos bastante con las de fuera¡

RAB. (Saltando y huyendo hacia el fondo.) ¡Enseguiita! ¡No me ha costao poco cogerlas! ¡Hola, Pepota! ¿Qué ties pa matar el gusaniyo?... Anda, graciosa; dos deillos na más...

PEPOTA. ¡Que me dejes, malage! ¿No ves que voy al río? (Cogiendo un lío de ropa.)

RAB. Pues sal por la puerta falsa y de camino...

PEPOTA. (Disponiéndose a salir por la derecha.) ¿Sabes qué bebes tú más que un bizcocho?

RAB. ¡Olé! Vales más pesetas... (Salen los dos bromeando y riendo por la derecha.)

ESCENA IV

FRASCO y AMBROSIO

FRA. (Riendo.) Es el demonio.

AMB. Bueno, dentro de poco tendremos aquí á don José María; y ¿a ver qué nos dice de la muchacha?

FRA. Oigasté, señó Ambrosio; usté dirá que me meto donde no me llaman, pero es la voluntad que les tengo; toos ustés son pa mí como de familia.

AMB. Bueno; explícate y acaba pronto.

FRA. Pues que yo... no hubiera llamao tan pronto al médico.

AMB. Hombre, cuando te se descalza una bestia ¿no vas a buscar al herraor? Cuando se descompone una cerraura ¿no llamas al cerrajero? Pues cuando te se estropea la salud ¿a quien irás a buscar sino al médico?

FRA. Para algunas enfermedades no digo que no; pero tratándose de otras... vamos ¡que los médicos no saben lo que se pescan!

AMB. Y tú sí ¿eh?

FRA. (Con convicción.) Pa curá lo que yo me sé, no hay quien me pase la mano por la cara.

AMB. Bueno, hombre; pero si Angeliya... no se sabe lo que tiene...

FRA. Ahí está el toque; en que ni usté, ni yo, ni ninguno sabe lo que tiene, quiero ecir que pué que sea mucho... como pué que no sea na.

AMB. Y eso es justamente lo que nos ha de decir don José María.

FRA. ¡Pse!

AMB. ¿Qué no? ¡Cómo si se tratara de un mediquillo de tres al cuarto! (Recalcando lo que dice.) Has de saber que don José María es el médico más sabio de toa la provincia y cien leguas a la reonda.

FRA. Bueno, pero...

AMB. El más sabio ¿estás? ¡Con un ojo que se gasta y una mano que tié pa recetar! Mira: más de una vez lo han llamao pa tener consulta con los mejores médicos de Graná.

FRA. Ya lo sé, pero...

AMB. Y ¡que ha hecho milagros! ¡lo que se llama milagros! Hay gente que lo pondría en un altá e iría besando la tierra por donde pisa.

FRA. Güeno, sí; too lo que usté quiera; pero, pa mí la Angeliya... esa pasión de ánimo que tiene; esa sin gana; ese escaimiento... vaya... pa mí... yo juraría... que le han dao mal de ojo, y eso ni lo curan los médicos ni saben siquiá lo que es. ¿No ha reparao usté si se le cae el pelo?

AMB. (Sin hacer caso, encogiéndose de hombros.) ¡Bah!

FRA. Que se le cae, que se le tié que caer a la juerza; así; a mechones. ¡Si no hay más que mirarla! Lo que yo quisiera saber es quién es la maldita bruja que la ha mirao con malos ojos, porque sin esto no hay remedio para el mal. Con tres tiras de su refajo, tres de las enaguas y tres de la camisa, tóo esto quemao, y bien sahumao el cabello... A los tres días...

AMB. Si no te has muerto es porque estás vivo. Me voy porque no quiero oir más infundios. (Disponiéndose a salir.) Cuando veas venir a don José María, dame una voz. (Vase por la derecha.)

ESCENA V

FRASCO y después RABICHE

FRA. (Murmurando.) Na; que son así. Tóo lo que no entienden son infundios. ¿Qué no está escrito en letra de molde? pues infundios; y que ya pues esgañitarte y exprimir el meollo pa convencerlos que no hay quien los saque de sus trece.

RAB. (Sale por la derecha, limpiándose la boca con la msnga.) ¡Ajalá! esto ya es otra cosa. Ahora una presona es capaz de contarle al moro Muza los pelos del bigote.

FRA. Pues anda, vete pa el corral, mientras yo me corto una rebaná de pan y lleno la cuerna. (Rabiche desaparece corriendo por el fondo.) Infundios, infundios, en diciendo infundios, boca abajo tóo el mundo... (Ruido de espuelas. Don José María por el fondo con el látigo en la mano.)

ESCENA VI

FRASCO y Don JOSÉ MARIA

JOSÉ (Jovial.) ¿Ha de casa, buena gente?

FRA. Vamos ¡que repiquen las campanas!

JOSÉ (Adelantándose hacia el proscenio.) Hola, Frasco. ¿Cómo estamos?

FRA. Bien, gracias. A usté no hay que preguntárselo.

JOSÉ (Alegremente.) En efecto; no hay que preguntármelo. (Tira el sombrero y la fusta sobre la mesa.) Y dime ¿qué novedad hay en el cortijo?

FRA. Na; pa mi na; cosas de mujeres.

JOSÉ Más vale así. (Saca la petaca, toma un pitillo y ofrece otro a Frasco.) ¿Quieres uno?

FRA. (Aceptándolo,) Güeno; por no despreciarlo; y con más motivo porque este pué que sea el último qne me dé.

JOSÉ Hombre ¿tan pronto piensas morirte?

FRA. Como morirme, no, pero... casarme...

JOSÉ Llámale hache. (Encendiendo.) ¿Y, como es eso? ¿Ya te has cansado de la buena vida?

FRA. Verasté...

JOSÉ Has visto que no tenías bastantes obligaciones ni quebraderos de cabeza y te has dicho... así no se gana la gloria.

FRA. Verasté; uno va haciéndose viejo—ya voy pa los treinta y cinco—llega un día en que a uno principian a pesarle los huesos y a pensar que un hombre solo en el mundo es así... como una bestia...

JOSÉ Gracias por la parte que me toca.

FRA. Hablaba por mí.

JOSÉ Y ¿cómo ha sido que te has dejado echar el gancho?

FRA. Cosas de la vía. Ella y yo ya nos conocíamos de chaveas y siempre nos habíamos tenido voluntá. Después ca uno se fué por su lao y han pasao años sin decirnos oste ni moste. Ahora poco fuí a la feria é mi pueblo; nos encontramos; después de una palabra vino otra y... na; cosas de la vía.

JOSÉ Sí, vamos ¡que me muero! ¡Que llamen al cura que para este mal no hay remedio en la botica! Te acompaño en el sentimiento.

FRA. Pos, misté; yo no estoy na triste; al revés, me paece que me han quitao años de encima.

JOSÉ (Mirándole con aire de reproche zumbón.) ¡Vamos, que a tu edad dejarte cazar como un volantón!...

FRA. ¡Hombre! no soy ningún viejo; toavía no he cumplío los treinta y cuatro; ella va camino e los treinta; ¡me paece que no hay tanta desproporción!

FRA. Nada, nada; repito lo de antes, te has cansado de la buena vida. Tenías demasiada libertad y pocos quebraderos de cabeza. Oye, Frasco, ahora que no hay faldas de

por medio; el hombre que se deja conquistar por una mujer, ya no es un hombre. Recuérdalo siempre.

ESCENA VII

FRASCO, Don JOSE MARIA y AMBROSIO, por la derecha

AMB. ¡Hola, don José María! ¿Usté por aquí? ¡Bien podías avisarme, ganso!

JOSÉ ¡Adiós, Ambrosio! No le riña, hombre, no le riña, que bastante castigo tiene el pobre. Ahora me contaba que se marcha.

AMB. Sí; nos juega esta mala partida después de más de veinte años que come el pan de esta casa. Na, cosas del mundo; es el camino que toos hemos de seguir.

JOSÉ Protesto, Ambrosio, protesto: no todos, hay quien sabe conservar sus sentidos claros y expeditos toda la vida y estimar en lo que vale la santa libertad.

FRA. Güeno, sí, mientras uno es joven.

JOSÉ (Con petulancia.) Siempre es joven el hombre soltero. Ya lo dice el adagio: El buey suelto bien se lame. Casarás y amansarás.

AMB. Eso sí: que ustés los solteros se evitan un sin fin de ajogos y quebraeros, es claro como la luz. Entran, salen, hacen y deshacen sin tener que dar cuenta a naide, y contentos ustés, contento too el mundo; y el día en que se las piran ¡qué se junda el mundo! que con ustés se acaba too.

JOSÉ (A Frasco.) ¿Lo ves? Aquí tienes a uno que habla por experiencia.

AMB. Poco a poco. Eso no quié decir que me arrepienta ni mucho menos. Líbreme Dios. Gracias he de darle toos los días de mi vida. Pero, como digo una cosa digo otra, y hay que confesar que el gobernar una casa, criar a los hijos... (Repentinamente.) Pero ¡señores! ¿No tenemos otra cosa que hacer?

¿Cree usté que le hemos llamao pa hablar de la luna?

JOSÉ Supongo que no, desgraciadamente. Vamos a ver ¿de quién se trata? ¿De Mariángela?

AMB. ¡Ca! No, señor, esa es fuerte como una torre.

JOSÉ Pues ¿entonces?

RAB. (Desde la puerta del fondo.) ¡Eh, Frasco! ¿Suelto el ganao?

FRA. Ya pues soltarlo, y empieza a andar que voy en seguida. ¡Ah! y encierra la manchá no sea cosa que volvamos más de los que hemos salío. (Vase Rabiche.) Bueno, pues, adiós y hasta la vista.

JOSÉ Adiós, Frasco, y que Dios te abra los ojos, si aun es tiempo. ¡Ah! y acuérdate de lo que te he dicho ¿eh?

FRA. Y que Dios le dé buena mano pa curá a la mocica. (Vase por el fondo.)

ESCENA VIII

JOSÉ MARIA y AMBROSIO

JOSÉ (Sentándose cerca de la mesa.) Pues bien, Ambrosio ¿qué es eso de la muchacha?

AMB. (Sentándose también.) Si, señor, de eso es de lo que tenemos que hablar. La muchacha... la muchacha no sé lo que tiene, hablando con franqueza; pero le aseguro a usté que nos principia a meter en cuidao. Claro está que nosotros, los hombres, no nos asustamos tan aprisa, pero su madre está tan alarmá, tan cavilosa con que si tié esto, si tié lo otro, que he dicho ¡se acabó! Que venga don José María y que nos saque de dudas.

JOSÉ (Fijo en una idea jugando con el látigo sobre la mesa.) Yo... hace mucho tiempo que no la he visto. Ni la conocería. Pero recuerdo que se criaba muy sanota y robusta.

AMB. ¡Y tanta sana! Si hasta no había estao tanto así enferma.

JOSÉ ¿Qué edad tiene?

AMB. Diez y nueve años cumplió por la Candelaria

JOSÉ (Levantando la cabeza sorprendido.) ¡Diez y nueve años! Pero señor ¡cómo pasa el tiempo! Si yo hubiese dicho... ¿Debe estar hecha ya una mujer?

AMB. ¡Y que da gusto verla! Es decir ahora la pobrecilla está mu desmejorá; en un mes ha ío perdiendo, perdiendo... que no nos hemos dao cuenta

JOSÉ ¿Y cómo comenzó? ¿Algún cansancio, algún susto?

AMB. ¡Ca! ¡Qué sé yo! Espere usté que llame a Mariángela; las mujeres se fijan más en estas cosas y tienen mejores esplicaeras que nosotros. (Llaman con precaución desde la puerta de la derecha.) Mariangela: sal un momento que te llaman (Volviendo a la escena.) A la muchacha no le hemos dicho na por no asustarla; le diremos que ha venío usté por casualidá... por na... por...

JOSÉ Comprendido, comprendido.

AMB. Ustés ya están acostumbraos a estas comedias.

JOSÉ ¡Ay, Ambrosio! ¡Cuántas veces dan mejor resultado estas comedias, como usté dice, que las mismas medicinas!

ESCENA IX

Don JOSÉ MARIA, AMBROSIO y MARIÁNGELA

MAR. (Con efusión.) ¡Don José María!

JOSÉ (Levantándose.) ¡Adios, Mariángela! Usté cada día más joven.

MAR. Pues no, que usté... ¡si por usté no pasan años!

JOSÉ (Rebosando satisfacción.) Sí, Mariángela, sí. Me

planté hace muchos años y no pienso moverme. (Transición.) Pero hablemos, hablemos de... ¿cómo se llama la niña, que no me acuerdo?

MAR. Angela, Angeliya, pa servirlo.

JOSÉ Pues hablemos de Angeliya. ¿Y qué es lo que tiene?

MAR. Nosotros somos los que hemos de preguntárselo a usté, porque le aseguro que no sabemos lo qué es ni cómo le ha entrao. La niña estaba buena y sana, como siempre, hecha un cascabel, tan alegre, tan avispá; por la casa, cantando y riendo; cuando de golpe...

JOSÉ ¿Hace mucho de eso?

MAR. ¡Ca! A principios de verano, ¿cuánto hará, un mes? Cuando de golpe principia a ponerse triste, triste, a no comer, a perder aquellos colores... ¿Qué tiés, Angeliya? «Na». ¿Qué te duele? «Na». y siempre «na» y cada día más triste, más desganá, con menos ánimo, siempre con aquellas ganas de llorá... A veces la encontraba llorando en un rincón. ¿De qué lloras? «De na», ¿Usté dirá si esto es natural?

JOSÉ Claro que no.

MAR. ¡Cuidao que le hemos hecho platicos finos y golosinas! Na le gusta. De remedios caseros, de esos que si no curan, tampoco dañan ¡eche usté! Que manzanilla, que hierba é la sangre... ¡qué se yo! pues na, no hay manera. Ni un angel que bajase del cielo sería capaz de hacerle tragar una cucharaita é gloria.

JOSÉ ¿Tiene calentura?

MAR. A veces paece que le sube una oleá de sangre a la cara y se pone encendía de una manera...

JOSÉ ¿Tose?

AMB. Como toser... (Se miran él y Mariángela.) No ¿verdad?

MAR. No; una miajilla de tos de higos a brevas;

pero, vamos, no pué ecirse que sea tos.

JOSÉ (Levantándose.) Bueno; pues vamos a ver a esa enferma.

MAR. Si nos hace usté el favor de entrá... (Todos se levantan.)

ESCENA X

Dichos y ANGELILLA, por la derecha

ANG. (Esforzándose en sonreir.) No es de menester que se moleste, don José María. Ya lo ve usté: la enferma baja a ver al médico.

JOSÉ (Riendo.) ¡Caramba! ¡Enfermos de esta clase uno quisiera verlos todos los días!

MAR. ¡Ah, picariya! ¿Estabas espiándonos?

ANG. ¡Quite usté allá! Lo que es que desde mi ventana he visto la jaca atá a la puerta y el paraguas colorao colgando de la silla, la he conocío, y me he dicho «es la rojilla de don José María.» Y he bajao.

AMB. Sí; el buen señor ha tenío la amabiliá de venirnos a hacer una visita con esta chicharrera de hoy.

JOSÉ Pues claro; sino acabaríamos por no conocernos las caras. En este demonio de Montesina gastan ustedes tanta salud que pasan años y años sin que se acuerden de que haya médicos en el mundo. Ya se ve; los aires puros, las aguas buenas... Por eso se crían aquí estas flores tan esquisitas. (Le toca la barba con desenfado.) Vamos, ven acá. (Le pone las manos en los hombros, y se la queda mirando fijamente.) Mírenme ustedes aquel gorgojillo tan endiablado que correteaba por aquí. ¡Si parece un sueño! ¡Esto es ya una mujer! ¡Y qué ojos, Dios mío! (Ella sonríe.) ¡Y qué dientecillos tan remenudos y blancos! ¡Enséñalos que son monísimos... monísimos!... ¡Ay! ¡cuántos corazones destrozarán estos dientecillos!

ANG. (Riendo.) Aun me hará usté reir sin maldita la gana.

MAR. (A Ambrosio.) (¡Demonio de hombre! ¿ves? ya la ha hecho reir.)

AMB. (A Mariángela.) (Yo creo que con solo mirarla ya la está curando.)

JOSÉ (Haciéndola sentar frente a él.) Vamos a ver. ¿Por qué no tienes ganas de reir? A tus años, hija, se ha de estar siempre alegre, se ha de reir mucho, se ha de reir siempre, porque la juventud, como la primavera, no es más que eso: una carcajada.

MAR. Pues ella no habla más que de ganas de llorar.

JOSÉ ¿Es verdad eso, chiquilla? (Le pulsa la mano derecha. Angelilla baja los ojos sin responder.) Vamos contesta, ¿es verdad que tienes ganas de llorar? (Le pulsa la otra mano.) ¿Estás enfadada conmigo, Angelilla? ¿Por qué no me respondes?

ANG. (Rompiendo a llorar.) Pero si no tengo na.

MAR. La canción de toos los días: no tengo na, no tengo na; pero mientras, ni come, ni duerme, ni tié ánimos pa ná, y se va consumiendo como una vela boca abajo.

ANG. (A Mariángela.) No tanto, mare, no tanto, no sea usté desagerá. Toavía le hará usté creer a don José María que estoy enferma. (A don José María.) Y creamusté, no tengo na.

JOSÉ Sí, no tienes nada; sólo que te ha dado por vivir sin comer.

AMB. Eso mismo.

JOSÉ Y sin dormir.

MAR. Y eso es un disparate.

JOSÉ Bueno; vamos a ver ese corazón... es decir, ver... (Riendo.) Oir. ¡Ah, si fuese posible ver el corazón de una muchacha! ¡Cuántas cosas sabríamos! ¡Qué descubrimientos tan interesantes e inesperados haríamos! ¿eh? (La ausculta.) A ver: respira hondo, más hondo, está bién. Ahora vuélvete. (La ausculta por la espalda.) Vuelve a respirar, fuer-

te, más fuerte. ¡Muy bien, sí, señor, muy bien! ¡Lo que andará con el trote que lleva! ¡No irá poco lejos!... ¡Y los compañeros que se llevará detrás! (Se levanta.)

ANG. Hoy está de humor don José María.

AMB. Buena señal cuando el médico está de humor.

JOSÉ Si con esta cara eres capaz de convertir en un sonajero al mismísimo caduceo de Esculapio. ¿Te duele la cabeza?

ANG. No, señó.

JOSÉ Y aquí en el epigastrio, dispensa, quería decir la boca del estómago ¿te duele?

ANG. No, señó.

MAR. Lo mismo de siempre; si usté le hace caso no tié na.

JOSÉ Y quiero creer que tiene razón: que no tiene nada. Qué enfermedad quiere usted que se atreva con este cachito de gloria.

AMB. Anda, hija, ¿cuándo has oío tú, flores como estas?

ANG. (Con ansiedad.) ¿No es verdad que no tengo na, don José María?

JOSÉ Nada... malo; entendámonos.

ANG. (Con un impulso de ingenuidad.) Ahora si que creo que es usté un gran sabio. Dígaselo usté pa que se enteren de una vez, pa que se tranquilicen y me dejen en paz y no me martiricen de este moo.

JOSÉ No es más que un ligero estado... anémico, la sangre un poco floja... ¡nada! El sistema nervioso levemente excitado... ¡Nada, tampoco! Los vasos linfáticos...

ANG. ¡Anda, salero! A lo último resultará que no tengo na y que tengo toas los desgracias.

JOSÉ Todas las gracias, dirás mejor. Ambrosio, ¿tiene usted papel y pluma?

AMB. Si, señor; aqui encontraremos de too. (Abre la alacena, saca de ella recado de escribir y lo pone sobre la mesa. Don José María se sienta.)

ANG. ¡Por los clavos de Cristo don José María!

¡Por toos los santos de la corte celestial! ¡No me venga usté con potingues! No principie usté con píldoras y jarabes porque... va usté a caer del altar.

MAR. ¿Quiés callar?

JOSÉ ¡Déjela, déjala! ¡Ya sabe lo que se dice! Angelilla, has hablado como uno del oficio. (En tono confidencial.) Nosotros tampoco tomamos medicinas. (Toma entretanto una hoja de papel y parte de ella un pequeño trozo.) No tengas miedo, mujer, no tengas miedo; ya me guardaré yo bien de caer de ese altar. Sería caer de demasiado alto. (Moja la pluma reflexiona, se rasca la cabeza, escribe, borra... mira a Angelilla y sonríe... vuelve a escribir; de repente estruja el papel entre los dedos y lo tira. Toma otro trozo de papel y vuelve a probar.)

MAR. ¡Ves! Le atas las manos al buen señor... ¡Claro!

AMB. (A Mariángela.) Calla, que lo distraéis y no va a saber qué poner.

ANG. (Riendo.) Mejor, así no pondrá na y no correrá peligro de equivocarse.

JOSÉ (Contemplándola embobado.) ¡Qué monísima es! Pero ¡qué monísima! (Borra lo que ha escrito, estruja el papel y lo tira con ímpetu; deja la pluma y se levanta.)

MAR. ¿Se ha incomodao usté, don José María? ¡No le haga usté caso!

JOSÉ (Acercándose a Angelilla.) Vamos, hoy no quiero recetarte nada. ¿Estás contenta?... Quiero meditarlo más... estudiarlo más. Otro día volveré con más calma... eso, con más calma, y...

AMB. Entonces ¿volverá usté?

JOSÉ Sí, uno de estos días... tan pronto como me sea posible... tal vez... mañana mismo—no lo aseguro—pero por poco que pueda...

ANG. Pero... ¿le paece a usté que hay motivo?

JOSÉ ¡Oh, ya lo creo! ¡Vaya si hay motivo! No es cuestión de dejarte abandonada a ti

misma; hay cosas que no son nada al principio, pero si se les da pábulo...

MAR. ¿Y mientras?...

JOSÉ Mientras... (A Angelilla.) Nada de encerronas en tu cuarto; corre, salta, canta; mucho aire, mucho sol, mucho ejercicio y... (Tendiéndole la mano.) mucha confianza en mí. (Le estrecha la mano entre las suyas con cariño respetuoso.) Mañana volveré ¿eh? Hasta mañana, Angelilla. (Se dirige hacia el fondo acompañado de Ambrosio y Mariángela; antes de desaparecer por la puerta se vuelve y dirige una larga mirada a Angelilla, murmurando.) Pero ¡qué monísima... señor! ¡Qué monísima!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Interior de la casa de don José María. Es un caserón antiguo, mitad señorial, mitad campesino. Al fondo gran chimenea con china antigua sobre la cornisa. Delante de la chimenea gran sillón de cuero. A la derecha, puerta de entrada con perchero al lado. A la izquierda, dos puertas que conducen a las habitaciones interiores; entre ambas un antiguo reloj de caja. A la derecha, en primer término, una mesa de nogal con sillas de vaqueta al rededor. A la izquierda, un armario librería de molduras barrocas. Por las paredes algunos cuadros antiguos ennegrecidos. Al fondo, a uno de los lados de la chimenea, medio tabique con celosías, oculta la puerta que se supone da acceso a la cocina. Es de noche. Sobre la mesa un quinqué con pantalla verde ilumina la escena. La mesa está puesta para cenar.

ESCENA PRIMERA

ANTONIA sentada junto al fuego, reza, somnolente, el rosario

ANT. El Señor es contigo y bendita tú eres entre toas las mujeres y bendito es el fruto de tu... (Da una cabezada. Suenan las ocho en el reloj. Despertándose.) ¡Virgen de las Angustias! Las ocho ya, y ese buen señor sin venir... Ya principia a tenerme en ascuas... (En voz baja.) Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores ahora y en la hora de... ¡Mientras no le haya sucedío alguna desgracia por esos desiertos!.. ahora y en la hora de nuestra muerte, amen. Dios te salve, María...

ESCENA II

ANTONIA y Don CANUTO por la izquierda. Lleva sobretodo.

CAN. (Entrando.) Ave María purísima.

ANT. (Levantándose.) Sin pecao concebía. ¡Ah! ¿Es usté, don Canuto?

CAN. (Desabrochándose el sobretodo.) Buenas noches, Antonia.

ANT. Sírvase usté tomar asiento.

CAN. (Sentándose.) Sí, sí, gracias; esta maldita rabadilla no me deja estar de pie.

ANT. Es que debe sentir el tiempo.

CAN. Puede que sí, solo que, como buen barómetro, anuncia el bueno y el malo. (Fijándose en la mesa puesta.) ¡Hola! ¿Aún no ha venido a cenar ese calaverón de don José María?

ANT. ¡No me hable usté! Estoy con el alma en un hilo. Dios quiera que no haya tenío algún mal encuentro por esos campos.

CAN. ¡Ca! ¿Qué quiere usted que le haya sucedido a aquel roble? A él sí que no hay miedo de que le pase nunca nada. ¡Bueno está el niño! Habrá tenido hoy más enfermos.

ANT. Too lo que usté quiera, pero él no acostumbra a venir a estas horas.

CAN. Hija, ya se sabe; en llegando el invierno aumenta la clientela. ¡Ay! Mi rabadilla es testigo elocuente de ello. Mire usté; en cuanto...

ESCENA III

Dichos y Don MATÍAS. Lleva bufanda

MAT. (Entrando.) ¿Se puede?

ANT. Usté dirá.

MAT. ¡O hay o no hay confianza! Buenas noches, señores. ¿Llego tarde?

CAN. ¡Ca, hombre, ca! Mire usted: todavía no han mudado el misal.

MAT. (Tosiendo.) Es que antes de salir de casa he tenido tal acceso de tos, que ya daba por perdido el tresillo esta noche. ¡Dichoso catarro!

CAN. ¡No me hable usté! ¿Y yo? ¡Dichosa rabadilla!

ANT. Vamos, no principien ya. Yo creo que ustés se quejan de vicio.

MAT. ¡Ay, Antonia! Como se conoce que está usté en la flor de la juventud... (Rien los dos.)

ANT. Ríanse, ríanse, yo tengo un buen pico más que ustés y no me quejo; y si no fuera porque los goznes ya principian a pedir aceite...

MAT. Y acabarán ustedes criando verdín, como piedras de gruta en este caserón que parece una Trapa abandonada. Yo no sé como nuestro buen doctor no se ha buscado otra habitación más sana, más alegre, más nueva...

CAN. Y más reducida. ¡Si se deben perder ustedes dos en este dédalo!

ANT. Pues no hay santo del cielo que le haga dejar esta casa; la casa donde nació, donde nacieron y murieron sus padres y sus abuelos...

MAT. Y donde, si Dios no lo remedia, usted y él acabarán por volverse hongos.

CAN. ¡Ca! Lo que es él no lleva traza. ¡Canastos con el hombre!

MAT. ¡Poco a poco! No todo son flores. ¿No ha reparado usted en los olivares viejos? Aguantan soles y lluvias, vientos y heladas, rayos y granizo, pero fíjese usted en el tronco; chichón por aquí... grieta por allá... Desengáñese; los años no pasan en balde.

CAN. ¡Los años! ¡Los años! Ahí está el busilis, don Matías. (Paseándose.) ¿Y cómo ha sido

eso? ¿Es qué han venido a llamar al señor doctor esta noche?

ANT. No, señó. Pues no le digo... ¡Si esta es la hora en que aun no ha venío a cenar!

MAT. (Parándose.) ¡Qué me dice usted! Si ya deben ser... (Mirando al reloj de pared.) Si son las ocho y cuarto.

ANT. Demasiado lo sé.

MAT. Tal vez haya tenido que ir lejos.

ANT. Que yo sepa no tenía que hacer más visita que la de la Montesina, como toas las tardes.

MAT. ¡Pero señor! ¿Todavía dura eso? ¡Mire usted que hace tiempo que oigo decir que va a la Montesina!

ANT. Cuatro meses largos; desde principios de verano.

MAT. Se ve que la cogió de veras aquella pobre chica.

CAN. ¿Y es cosa de cuidado?

ANT. El dice que no; que se va reponiendo; que paece un milagro.

MAT. ¡Es que los hace ese demonio de hombre!

ANT. Ese santo, dirasté mejor; porque, como médico, too el mundo dice que es un santo.

MAT. Sí, un santo que no cree en Dios.

ANT. Calle, calle; no digasté herejías.

CAN. Bueno, no tanto, no tanto; un volteriano; eso sí.

MAT. Un schopenhaueriano; porque para él no hay más Dios que Schopenhauer; que no le toquen a Schopenhauer.

CAN. ¡Demasiada filosofía! Mire usted; yo nunca me he preocupado de esas cosas; jamás me he querido quemar las pestañas leyendo a ningun filósofo... y no obstante nadie me ha tenido que enseñar donde tengo mi mano derecha, ni ninguna mujer ha tenido maña bastante para echarme el gancho.

MAT. Mi filosofía ha sido siempre tranquilidad y

buena vida... y eso que acaba usted de decir: el saber conservar la santa independencia. (Tose.)

CAN. Eso; eso; cada cual se ha de hacer su filosofía; con la aprendida en los libros le pasa a uno lo que con los sombreros prestados, que por más vueltas que les des, cuando no te están chicos por aquí, te están grandes por allá...

ANT. Pero ¡Dios mío! ¡Cómo tarda ese buen señor!

MAT. (Después de toser.) Oiga usted, don Canuto. ¿Quiere usted que vayamos a su encuentro? Hace una noche deliciosa y con el aire puro tal vez se me quite este pícaro humo que se me ha pegado a la garganta.

CAN. Como usted guste, pero entendémonos, uno vuelta nada más. (Levantándose.) ¡Ay, mi rabadilla!

MAT. Vamos, vamos, puede que todavía alcancemos a las muchachas del obrador de la esquina. ¡Je, je, je!

CAN. Aun puede que flechemos a alguna. ¡Ji, ji, ji!

MAT. ¡Quién sabe, quién sabe! ¡Algo más valemos que muchos mosquitos que las rondan. ¡Je, je, je! Hasta la vista, Antonia. En seguida volvemos. (Salen riendo por la derecha.)

ESCENA IV

ANTONIA

ANT. ¡Valientes vejestorios! Cuántas calaveras habrá el día del juicio! Se están muriendo a chorros y aun se acuerdan de que hay faldas en el mundo. Calla, me parece que oigo ruido en la cuadra. ¿A qué ha entrao por el portón de la huerta? (Llamando desde la puerta de la izquierda.) ¡Don José María!

JOSÉ (Desde dentro.) ¡Antonia!

ANT. (¡Vaya si es él, que deja la rojilla en la cuadra!) (En voz alta a don José María.) ¿Se le ofrece a usté algo?

ESCENA V

ANTONIA y Don JOSÉ MARÍA, trayendo en la mano un pequeño ramo de alelíes

JOSÉ (Jovial.) Buenas noches, Antonia; ya me tienes aquí.

ANT. (En tono de reproche.) ¡Vaya unas horas de volver a casa! ¡No sabe usté el rato que me ha hecho pasar!

JOSÉ (Riendo.) ¿Y eso? ¿Por qué? No creo que sea ninguna hora del otro jueves...

ANT. No, ni chispa; mire usté, cerca de las ocho y media.

JOSÈ (Sorprendido.) ¡Caramba! no creí que fuese tan tarde.

ANT. Bueno, menos mal si no le ha sucedío a usté na.

JOSÉ No, mujer, no; ¿qué quieres que me haya sucedido?

ANT. Qué sé yo; por esas sierras... por esos barrancos... algún ladrón, algún lobo...

JOSÉ (Riendo.) Quita allá, mujer; ya sabes que ni los lobos ni los ladrones quieren nada conmigo. ¡Estaríamos frescos! Es que me he entretenido... Toma, pon estas flores en un jarro. No, trae un jarro con agua: yo mismo las pondré.

ANT. ¡Jesú, que ramo más gracioso! ¿Qué es eso? ¿Un puñaillo de magarzas que ha cogío por el camino?

JOSÉ ¡Mujer, por Dios! ¡Si es un ramo de alelíes como una gloria! ¡Huele, huele! ¡Qué perfume! ¡Esto resucita! (Entretanto Antonia ha traído un jarro y don José María pone en él cuidadosamente el ramo.) Me lo han dado allí... en la Montesina...

ANT. Bueno; ahora siéntese usté y cene. Debe venir como cañón de órgano.

JOSÉ Pues mira, te equivocas; ya puedes quitar todo eso.

ANT. (Alarmada.) ¡Esta sí que es buena! ¿No quié usté cenar?

JOSÉ (Quitándose las espuelas.) ¡Qué demonio quieres que cene si allá arriba se han empeñado en hacerme merendar!... Nada, lo que yo he dicho: será una merienda que me servirá de cena. Después de la fruta han venido las rodajillas de salsichón, luego la tortilla, el jamón... ¡qué sé yo! Vamos, que se nos ha hecho noche cerrada en la mesa.

ANT. ¿A dónde ha sido too esto?

JOSÉ Pues allí... en la Montesina.

ANT. ¡Dichosa Montesina! A lo último le enterrarán a usté allá.

JOSÉ Son una gente de los más obsequioso. Cuando entro allí parece que llega el Mesías. Y ¡que no me sueltan ni a tres tirones!

ANT. Y ¿cómo va la mocica?

JOSÉ ¡Oh! De lo vivo a lo pintado. ¡Si la vieras! Está echa un pimpollo. No es la misma de cuatro meses atrás.

ANT. Pues digasté que ya está curá del too.

JOSÉ No te digo que está hecha un pimpollo.

ANT. Entonces, gracias a Dios ya no tendrá usté que hacer na por allí.

JOSÉ No tanto, no tanto. Hay que tener mucho cuidado con ella. Hay que... Después de todo, es una gran satisfacción para uno el contemplar su obra; sí, señor, una gran satisfacción. Tú esto no lo puedes comprender. (Va a oler el ramo.) Pero ¡qué aroma, señor, qué aroma! ¡Esto da la vida!

ANT. Pero ¿de veras no quié usté tomar na? ¿Quiè usté un muslillo de conejo de bosque? ¿Tanto que le gusta asté?

JOSÉ No, no; demasiado pesado por la noche.

Además, mujer, si allí me han dado jamón, y ¡qué jamón, Antonia! ¡Aquello es jamón! Pues ¿y la tortilla? Desengáñate; aquí no comemos huevos tan frescos.

ANT. Pero ¡si usté los toma siempre del día, de las gallinas de casa!

JOSÉ Pero ¿dónde vas a poner estas gallinas con aquellas, que andan sueltas todo el día, que hasta corretean por el bosque? Te digo que aquellos son huevos de faisán. Vamos, levanta el mantel que... y ahora que me acuerdo ¿no han venido aún aquellos pelmas?

ANT. (Retirando de la mesa el servicio.) Si, señó; han venío el boticario y el escribano.

JOSÉ (Corrigiéndola.) Don Canuto y don Matías. Pero, señor, ¿por qué no has de llamar a las personas por sus nombres?

ANT. (Doblando el mantel.) ¡Qué quiusté que le diga! Es más corto... además los nombres se me van de la memoria.

JOSÉ Y ¿dónde están ahora?

ANT. Han ío a la plaza a ver si lo veían venir; pero han dicho que volvían enseguía. Mire usté, ya los tié usté aquí.

ESCENA VI

ANTONIA ocupada en el fondo. Don JOSÉ MARÍA de pie en medio de la escena encendiendo un cigarro. Don MATÍAS y Don CANUTO entran riendo maliciosamente

MAT. (Á don Canuto.) ¿Eh? ¿Que me dice usted de aquella morenilla?

CAN. (A don Matías.) ¿Cuál? ¿La de la blusa encarnada?

MAT. No, hombre, no, la otra, la más baja, la del cuerpecillo blanco. (Tose.)

JOSÉ (Muy jovial.) ¡Hola, juventud dorada!

CAN. ¡Hola, señor trasnochador! Pero ¿nos quiere usted decir por dónde ha venido, que se nos aparece aquí como un duende?

MAT. (Dándole palmaditas en la espalda.) ¡Calaverón! ¡Calaverón! ¿Son horas estas de retirarse? ¡A ver, a ver si tendremos todavía que seguirle los pasos!

JOSÉ (Siguiendo la broma.) ¡Pse! ¡Quién sabe, quién sabe! (Don Canuto y don Matías cuelgan los abrigos en la percha.)

CAN. Y ¿ha cenado usted ya en tan poco rato.

JOSÉ Sí, señores; yo he cenado, pero no en tan poco rato, sino con toda calma, bajo un emparrado, con aquel aroma de los pinos que nos llegaba del bosque...

CAN. Y ¿qué ha sido, bautizo o boda?

JOSÉ Nada, nada de eso; una merienda improvisada que sin que nos diésemos cuenta se ha prolongado hasta bien entrada la noche.

MAT. Y ¿se puede saber el sitio donde ha hecho penitencia?

JOSÉ Allá... en... la Montesina.

MAT. Ah, sí; ya nos ha dicho algo Antonia.

CAN. Y ¿cómo está esa pobre chica de sus alifafes?

JOSÉ (Con viveza.) ¿Cómo de sus alifafes?

CAN. Debe de estar hecha una calamidad.

JOSÉ ¡Usted sí que es una calamidad! Está hecha un capullo de gloria ¿lo oye usted? un capullo de gloria. (Presentándole el jarro con las flores.) Tome usted, hombre, huela usted ahí y dígame si las flores de por aquí tienen este olor de... de... que sé yo; un olor que parece que se le mete a uno por las venas, llevando a la sangre un rayo de primavera.

CAN. (Sentándose trabajosamente.) ¡Ay! De modo que esta noche, adiós tresillo.

JOSÉ ¿Por qué? ¿No ha venido Gallardo?

CAN. ¿Gallardo? ¿No sabe usted que desde algún tiempo a esta parte llega siempre a las tantas?

MAT. ¡El que siempre era el primero en llegar!

Y ¡que había de oirle cuando nos retrasábamos un minuto!

JOSÉ Es que está de obras en su casa. Tal vez...

MAT. ¡Quite usted allá, hombre! ¿Acaso trabajan de noche los albañiles?

JOSÉ Nunca falta algún estorbo, alguna ocupación...

MAT. ¡Vaya usted a saber! Puede que se haya cansado de jugar al tresillo de cuatro y por variar se dedique a jugar en otra parte al tute.

CAN. Al tute... de dos.

JOSÉ ¡Ah, maliciosos, maliciosos! En fin, señores, es bien dueño de hacer lo que se le antoje, como nosotros de jugar al solo... de tres ¿no es eso? Antonia: trae las cartas y las habichuelas. (Antonia trae una baraja y una bolsa con judías. Siéntanse los tres a la mesa y se reparten el contenido de la bolsa en montoncitos; entretanto don José María huele beatíficamente el ramo.) ¡Ah!... ¡esto da la vida!

CAN. ¿A ver quién da? Usted. (Da las cartas a don Matías.)

JOSÉ Yo soy mano.

MAT. Ya se sabe; usted es el hombre de la suerte. (Da las cartas.)

JOSÉ (Tirando las cartas sobre la mesa.) Paso.

MAT. (Idem.) Paso.

CAN. (Idem.) Paso.

MAT. (Mirando las cartas a don José María.) ¡Cómo es posible! A ver, a ver su juego. Pero ¡hombre! ¿cómo pasa usted con este juego.

CAN. Es verdad.

MAT. Mire usted, mire usted; seis triunfos de malilla y as.

CAN. Y dos señores bastos.

MAT. Y una copa como un templo.

JOSÉ (Turbado.) Si... bien mirado...

MAT. Mírelo usted como quiera. Pero ¡hombre! ¿Dónde tenía usted la cabeza? ¡Si era juego ganado!

JOSÉ Si, tal vez si... Debía estar distraído.

CAN. ¡Caramba con la distracción! Usted da. (Recoge las cartas y las da a don José María.)

MAT. ¿Qué hace usted? ¿No ve que no me da más que tres cartas?

JOSÉ Dispense. Creía que...

CAN. Pero hombre, ¡qué se olvida de darse!

JOSÉ ¡Ah, es verdad! Estas me tocaban a mí.

CAN. ¡Ay, ay ay! ¿Dónde tiene usted la cabeza, señor Doctor? Usted tiene algún enfermo que le preocupa mucho.

MAT. ¡Hum! ¡Mientras no sea alguna enferma! (Carcajada general.)

ESCENA VII

Dichos y GALLARDO por la derecha. Va también abrigado, pero con más coquetería que los otros. Lleva capa

GALL. ¿Quién gana? ¿Quién gana?

LOS TRES ¡Vaaamos!... (Baten palmas.)

GALL. (Con satisfacción.) ¡Caramba! ¡Con todos los honores! ¡Qué recibimiento!

JOSÉ ¿Qué hay de nuevo, amigo Gallardo? ¡Cómo vamos!

GALL. Bien, hombre, bien. Valiente como siempre, por no decir más valiente que nunca: Si no fuera por ese maldito reuma de la pierna...

CAN. ¡Y yo! ¡Si no fuera por esta rabadilla!

MAT. (Riendo.) ¡Y yo! Si no fuera por este catarro crónico...

JOSÉ Pero ¡señores! Esto es el banco de los «si no fuera» a donde todos vienen a contar sus plagas.

ANT. Ya lo sabe: a pellejo viejo to se le vuelven bujeros.

JOSÉ Aquí no hay pellejos viejos, aquí todos somos de la misma hornada, año más o menos.

CAN. Y agujero más o menos.

JOSÉ (Levantándose.) Poco a poco, señores. Eso re-

za con ustedes, no conmigo, que yo no formo parte del banco de los «si no fuera». Y sino, vamos a cuentas: usted ya ha sacado el gabán, usted la bufanda, usted la capa; yo, en cambio, aun voy vestido como en el rigor del estío. Y tan sano, tan fuerte, tan ágil como un muchacho de veinte años.

CAN. ¡Vaya usted haciendo el valiente!

JOSÉ No hay valentía que valga. Son ustedes los que se acobardan. Si hace un tiempo que parece que volvemos a entrar en primavera...

ANT. ¡Ay, don José María! No se fíe usted, es el veraniyo de San Martín, la última encandilá del otoño, la mejoría de la muerte. Pué que dentro veinticuatro horas, ¡cataplúm! tengamos el invierno encima.

MAT. Y vamos a cuentas, amigo Gallardo ¿A qué se deben estas tardanzas?

CAN. ¿Y esos novillos de cuando en cuando?

JOSÉ Usted, que era la exactitud personificada...

CAN. Esto no es natural, no es natural.

MAT. Aquí hay gato encerrado.

GALL. (Con cierto embarazo.) Pues bien, señores, como tarde o temprano ha de llegar a sus oídos, prefiero que lo escuchen de mis labios a que se enteren por las mil trompetas de la murmuración.

JOSÉ (Intrigado.) Hola, hola...

CAN. Hable, hombre, hable.

MAT. Por algo decía yo que había gato encerrado.

GALL. (Solemnemente.) Pues, sí, señores... Me caso. (Estas palabras caen como una bomba. Todos se levantan.)

JOSÉ (Rápidamente.) ¡Qué oigo!

CAN. ¿Qué dice usted?

MAT. Repítalo, que no lo he entendido bien.

GALL. (Con mayor solemnidad.) He dicho, que me caso. (Repuestos de la sorpresa rompen a reir los tres.)

CAN. (Muerto de risa.) ¡Y lo dice en serio!

GALL. Y tan en serio.

JOSÉ Francamente, me ha caído como una bomba.

MAT. A mí ¡zas! como si me diesen una bofetada.

GALL. (Resentido.) No sé por qué. No veo que en mi resolución haya nada tan sorprendente y mucho menos tan risible.

MAT. (A don Jose María.) ¿No lo oyes? ¡Aun se burla! ¡Nos insulta!

CAN. ¡Es un desertor!

MAT. ¡Un apóstata! Viene a deshonrar las santas tradiciones de este cenáculo de hombres fuertes, libres, independientes. (Tose.)

GALL. Todo eso son palabras, y una cosa son las palabras... y otra la realidad. Y créanme ustedes, la realidad, a la corta o a larga, se impone. Hay en la vida de todo hombre un momento en que cae de sus ojos la venda y ve las cosas tales como son.

MAT. (Burlón.) Y usted... ¿qué ha visto, qué ha visto?

GALL. (Con convicción.) He visto que un hombre solo en el mundo es bien poca cosa.

CAN. Mucho ha tardado en saberlo.

GALL. (Con calor.) ¡Un cero a la izquierda!

MAT. (Con cómica exaltación.) ¿No lo oye usted, señor doctor? Por favor salga a nuestra defensa, usted que tiene más labia y más ciencia que nosotros.

JOSÉ (En tono muy reposado.) Calma, calma, señores. Primero hemos de saber quién es ella.

MAT. (Gritando.) ¡Eso, eso! Venga el nombre de la víctima!

GALL. No hay ningún inconveniente. Es la hija del juez de paz.

MAT. ¡Anda, morena! ¡Pues no se la ha escogido poco tiernecita!

GALL. No tanto. Tiene sus treinta años bien cumplidos.

CAN. (Con cómica gravedad.) Treinta y treinta son sesenta. ¿Sesenta? Justo, usted le dobla el

capital (Ríen él y don Matías.) ¡Eh! Me refiero al capital de años.

MAT. El capital que tiene por libro de caja el calendario.

JOSÉ Déjense de calendarios; entre un hombre de cien años lleno de salud y un joven de veinte tuberculoso, el calendario opinará lo que quiera, pero el más joven no será ciertamente el que él diga.

GALL. Muy bien, don José María, ha hablado usted como un verdadero sabio.

MAT. (Socarrón.) ¿Me permite una pregunta?

GALL. Todas las que usted quiera.

MAT. ¿Se ha enterado usted bien, antes, de si su futura tiene algún primito?

GALL. (Sorprendido.) No entiendo...

MAT. Sí, algunos de aquellos primitos complacientes...

CAN. Que nunca faltan.

MAT. Y ayudan al marido a soportar la santa cruz del matrimonio. (Ríen los dos.)

GALL. (Con acritud, levantándose.) Señores míos; estas bromas, de un género que... no quiero calificar, si pueden parecer graciosas en boca de estudiantillos, me parecen indignas de personas a quienes yo creía decentes y honorables. Servidor de ustedes. (Da media vuelta en redondo y sale por la derecha. Los otros personajes quedan un momento perplejos.)

ESCENA VIII

Los mismos menos GALLARDO

JOSÉ (Gritando con intención de detenerle.) ¡Gallardo! ¡Don Juan! ¡Por Dios, Gallardo!... ¡Bah! (Encogiéndose de hombros. Pausa.)

CAN. ¡Caramba! No se ha tomado poco a pechos la cosa...

MAT. ¿Ve usted? Aun no es marido y ya es ridículo. ¡Oh, el matrimonio, el matrimonio!

JOSÉ Es que también ustedes, hablando con franqueza... han abusado de la intimidad:

CAN. Sí, y usted ya puede hablar, que nos ha abandonado en lo mejor de la disputa; usted el paladín de la santa independencia del hombre, el Anticristo del matrimonio.

MAT. Poco le ha faltado para salir a su defensa.

CAN. ¿Por qué no le espetaba usted uno de aquellos sermones capaces de tumbar de espaldas a la misma epístola de San Pablo?

MAT. Y ¿qué se ha hecho de aquella célebre máxima de Schopenhauer, que usted suele invocar en las grandes ocasiones? ¿Por qué no ha salido hoy a relucir? ¿Cómo dice aquella máxima?

JOSÉ Poco a poco, señores; yo puedo alguna vez haber citado textos, opiniones ajenas, sin que esto quiera decir que las haga mías en absoluto.

MAT. Señor doctor, señor doctor... usted claudica...

CAN. Usted prevarica.

JOSÉ (Con firmeza.) Ni prevarico, ni claudico. Lo que sostengo es que ustedes acostumbrados a su vida de solterones, vida estéril, vacía, sin afectos, no comprenden que hay cosas sagradas, que merecen todo respeto. No nos hemos casado, no hemos constituído familia, no hemos fundado un hogar, y ¿qué somos ahora? Cuerpos sin alma. ¿Qué son nuestras casas? Hogares sin rescoldo, altares sin celebrante; cuatro paredes frías donde vejetamos sin amar ni ser amados, y por las que pasamos como huéspedes a quienes se sirve por oficio, como se servirá mañana a otros que vengan, sin acordarse de los que antes pasaron. (Pausa.)

CAN. (Atónito.) Señor doctor; confieso que no esperaba de usted una salida semejante.

MAT. (Levantándose.) Pero ¿es usted quien habla?

¿Es usted el mismo hombre? Vamos, deje que le mire bien, porque me parece que nos lo han cambiado.

JOSÉ (Con intención.) Tal vez, tal vez.

MAT. Pero ¿y aquella famosa máxima de Schopenhauer?

JOSÉ (Volviéndole la espalda.) No sé de lo que me habla.

MAT. Con su permiso. (Va a la librería y la abre.) Schopenhauer... Schopenhauer... ¿dónde estás, Schopenhauer? ¡ah! ¡ya está aquí! (Toma un libro y se lo presenta a don José María.) ¿Quiere usted hacerme el favor de buscar aquella máxima para refrescarme la memoria?

JOSÉ (Recalcando la voz.) Esa máxima de que usted me habla necesita un comentario... y el comentario es este. (Le toma el libro de las manos, se dirige hacia la chimenea y lo arroja al fuego. Después se deja caer en el sillón.)

ANT. (Acercándosele, en voz baja.) ¿Se siente usted mal?

JOSÉ Déjame, déjame.

CAN. (Bajo a don Matías.) Al buen entendedor...

MAT. Mañana será otro día. Buenas noches.

CAN. Buenas noches.

ANT. Voy a acompañarles.

CAN. (En voz baja a don Matías.) ¡Cuándo yo digo que el señor doctor tiene un enfermo que le preocupa mucho!

MAT. (Idem a don Canuto.) ¡Cuándo yo digo que el enfermo tal vez sea una enferma! (Salen ambos por la derecha seguidos de Antonia. Pausa. El reloj da las nueve.)

ESCENA IX

Don JOSÉ MARÍA, después ANTONIO

JOSÉ (Mirando hacia la puerta por donde acaban de desaparecer.) ¡Egoistas, más que egoistas! ¡Almas de corcho! ¡Seres inútiles que, como guijarros de río, van rodando, rodando por la tierra sin criar una chispa así de musgo!... ¡Qué asco! (Levantándose repentinamente y dirigiéndose hacia Antonia que entra.) Ange... digo, Antonia, escucha.

ANT. ¿Qué mandasté, señcrito?

JOSÉ Contéstame, con la mano en el pecho. ¿No es verdad que hace bien don Juan Gallardo?

ANT. (Sin comprender.) ¿Y en qué hace bien don Juan Gallardo?

JOSÉ Casándose.

ANT. ¿Qué quié usté, pobre de mí, que yo le diga?

JOSÉ No, no; contesta con toda franqueza. ¿No es verdad que hace bien?

ANT. (Evasivamente.) Si a usted le parece...

JOSÉ No, si a mí no me parece nada; yo te pregunto a ti que eres una mujer de experiencia.

ANT. Pues, misté, hablándole con el corazón en la mano... a mí me parece que un viejo que hace cosas de joven no tié perdón de Dios.

JOSÉ Bueno, tú también pones tus reparos. Ya se ve, te has dejado influir por lo que han dicho esas almas de cántaro de don Canuto y don Matías.

ANT. Para que vea usté, ni siquiera me he fijao en lo que decían. Claro está que yo creo que el hombre tié que casarse, porque... vamos, a un hombre solo en el mundo paece que le falta algo; pero tié que casarse joven pa hacer feliz a su mujer, pa criar

a los hijos que Dios le dé y verlos hombres y que sean el báculo de su vejez. Pero un viejo pelele...

JOSÉ ¿Cómo pelele?

ANT. Bueno, sí, un hombre de la edad de don Juan Gallardo...

JOSÉ Es que don Juan Gallardo no es viejo. Es de mi edad, año más o menos.

ANT. ¡Ca, qué diferencia!

JOSÉ (Satisfecho.) ¡Ah!

ANT. Usté no tié mácula, usté es fuerte, ágil, na le espanta; pero él... Cuándo no anda cojo, renquea; y eso de que un hombre cuando está hecho un estropajo se acuerde de casarse como quien toma una enfermera pa que le den unturas y le calienten la cama... vamos, que quié usté que le diga; eso pa mí no tié perdón de Dios. ¡Ca cosa a su tiempo!

JOSÉ Nunca es tarde para hacer las cosas bien.

ANT. ¿Y eso está bien hecho? ¿Hacer a una mujer desgraciá si sale buena, o si sale mala hacerse a sí mismo desgraciao, como se ven tantos casos? ¿Esto está bien hecho? ¡Vamos!... y más vale que me haga un nuo en la lengua pa no decir cosas que toos sabemos y que no quisiera que Dios me tuviese en cuenta. (Se dirige al fondo y vuelve con un candil encendido en la mano.)

JOSÉ (Riendo.) No tanto, Antonia, no tanto; de todo hay en el mundo. Hay hombres... y hombres, como mujeres... y mujeres. Mira, sin ir más lejos... pongamos el caso... Supongamos que yo... es una suposición, te digo un día: Antonia, te vas haciendo vieja y el peso de la casa principia a ser demasiada carga para ti; hora es de que descanses... y de que venga a esta casa una mujer que te quite ese peso de encima. Vamos a ver ¿qué dirías?

ANT. Si fuese una mujer de una edad conforme, reposá, una viuda, por ejemplo, que su-

piese lo que es cuidar un marío y gobernar una casa...

JOSÉ (Con viveza.) No, nada de eso, nada de eso. Una mujer en la flor de la juventud, fuerte como yo; un capullo de Mayo que trajese la alegría a estas cuatro paredes, que fuese aquí dentro como un rayo de primavera que todo lo inundase de rumores, de risas... ¡de risas! que hace tantos años que no resuenan en esta casa... ¿qué responderías?

ANT. (Con aplomo.) Como que ya sé que usté no me lo ha de decir.

JOSÉ Y ¿por qué no?

ANT. Porque sé que estasté en sus cabales.

JOSÉ Pues bien; supongamos que sí, que te lo digo, ¿qué contestarías?

ANT. Pues diría que no está usté en sus cabales. (Don José María rompe en una carcajada.) Es demasiado lóbrega esta casa para meter en ella a una mujer joven.

JOSÉ (Riendo más fuerte.) Vamos, Antonia, vete a dormir, que falta te hace.

ANT. Sí; más vale, porque too esto es gastar saliva en balde. Si no me mandasté más, santas y buenas noches. (Vase por la izquierda.)

JOSÉ (Solo, después de seguirla con la vista.) Las casas lóbregas se orean dejando que entre en ellas el sol. (Frotándose las manos con energía.) ¡Hora es ya de que entre en esta casa!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Patio de entrada del cortijo. Al fondo, alto cercado con gran portal en el centro, por el que se divisan lejanas montañas cubiertas de encinas y olivos. A la derecha, puerta que conduce al interior del cortijo, flanqueada de sendos peñones para sentarse. Sobre la puerta y adelantándose hasta el centro de la escena, gran parral aun verde apesar de lo avanzado de la estación. Bajo el parral una mesa rústica. A la izquierda, puerta que da acceso al tinado, cabrerizas, zahurdas, etc. Junto a las paredes y por los rincones, troncos de árboles, aperos inservibles de labranza y demás despojos que el tiempo amontona en los cortijos. Son las diez de la mañana de un día de otoño luminoso y espléndido.

ESCENA PRIMERA

FRASCO, saliendo de la izquierda, atraviesa la escena seguido de RABICHE, que lleva un corderillo en brazos

RAB. ¡Adiós, pobretico, que te van a jacer un collar nuevo!

FRA. Sí, explícaselo, explícaselo pa que se despía de la familia y jaga testamento.

RAB. No tié usté entrañas.

FRA. Ya pues jablar tú que eres un gavilán pa los níos.

RAB. Pero yo no mato las crías.

FRA. Porque hay poca carne. ¡Anda, arrastrao! (Dándole un cogotazo. Entra en la casa.)

ESCENA II

MARIANGELA, por el fondo, seguida del Mozo de labranza que trae una cesta de verdura

MAR. (Atareada.) ¡No sé a que hora vamos a comer hoy! Deja esto aquí encima que es cosa mía. (El mozo pone la cesta sobre la mesa.) Oye, tú, mientras, sube en un salto a las cámaras y tráeme un par é docenas de manzanas de las más maúras, que no haya ninguna podría. (El Mozo se dispone a salir por la derecha.) ¡Ah! Y dale una mirá a la pasera de las peras de invierno. Si hay alguna maúra la traes. Y no te detengas ¿estás? (Vase el Mozo por la derecha. Mariángela le sigue con la cesta.)

ESCENA III

ANGELILLA, asomándose a una ventana

ANG. ¡Rabiche! ¡Rabiche! ¡Yo no sé onde demonio se mete ese chiquiyo! (Desaparece de la ventana, se la oye cantar dentro y a los pocos instantes sale por la puerta siempre cantando. Pone sobre la mesa un jarro que trae y se dirige corriendo hacia la puerta del fondo mientras llama:) ¡Rabiche! ¡Rabiche!

RAB. (Saliendo de la casa.) ¿Me llamabasté?

ANG. ¿Me quiés decir dónde te metes que hace tres horas que te estoy llamando y no vienes? ¡Debías estar haciendo alguna de las tuyas!

RAB. ¡Por mi salú que no. Estaba en la puerta falsa ayudando a Frasco a...

ANG. Pues ahora vas a ser tan retegüenísimo que vas a ir a la huerta ¿estás? y me vas a traer... toas las flores que encuentres.

RAB. ¿Flores? No se encuentra una pa un remedio.

ANG. ¡Qué me vas a decir a mí!

RAB. ¡Que le aseguro asté que no! Que las últimas lluvias acabaron con las pocas que queaban.

ANG. ¿Estás seguro? ¿Y los alelíes blancos?

RAB. ¡Que le digo asté que no hay ni una!

ANG. ¿Que te pones a que voy yo y las encuentro a puñaos?

RAB. Lo que usté quiera. Es decir, como flores... sino es la pasionaria del rincón de la alberca...

ANG. ¡A que voy yo y te queas sin un pelo en el cogote!... (Vase corriendo y cantando por el fondo.)

RAB. ¡Que le digo asté que no hay más que lo que le he dicho! (Corre detrás de ella.)

ESCENA IV

CRIADA y MARIANGELA

(La Criada entra por el fondo trayendo en una mano un par de pollos desplumados y quitándose con la otra las plumas del delantal.)

CRIA. (Tropezando con Rabiche.) ¿No tiés ojos, atolondrao? ¡Por poco me tira al suelo el pijotero niño!

MAR. (Apareciendo por la puerta de la casa.) ¿Qué te pasa?

CRIA. Na. Aquí los tié usté. Los dos pollos más gordos que queaban. ¡Ya son dos güenas piezas! ¡Paecen de plomo! Aguantasté y verá.

MAR. ¡Pa aguantá estoy! Ya estaba pensando en ir a quitártelos é las manos. Hija, necesitas tú más tiempo pa esplumar un pollo que un campanario pa echar higos. Anda, llévatelos a la cocina. (La criada entra en la casa Gritándole desde la puerta.) Y ten cuidao con

las ciruelas que están en el fuego; sobretó ¡que no se me vaya a quemar el dulce! ¡Dame una voz cuando esté en su punto! (Vuelve al proscenio y se apoya en la mesa, fatigada,) Si ya lo digo yo ¡no sé a que hora vamos a comer hoy! Será que uno está agobiá y querría que too se hiciese volando, pero en días así paece que too el mundo va pisando güevos.

ESCENA V

MARIANGELA y FRASCO, que sale de la casa bajándose las mangas de la camisa que llevaba remangadas

FRA. Ea, ya le he hemos hecho un vestío nuevo. Ya tié usté allá el bícho de cuerpo presente.

MAR. ¿Pelao y too?

FRA. Pelao y too, y ¡que se le hace a uno la boca agua de mirarlo!

MAR. Oye, Frasco: sabes lo que tendrías que hacer ahora, hijo, que tengo las piernas partías...

FRA. Eche uste por esa boca.

MAR. Pué mira; antes que bajen aquellos...

FRA. Pero ¿entoavía dura eso? ¡Ni que estuvieran arreglando la España!

MAR. Y ¡lo que durará! Gracias a eso. Pues mira, mientras tanto vas a la bodeguilla y ¿sabes? en el rincón a mano derecha... (En este instante aparece por la puerta del fondo. don José María. Viene montado en la Rojilla, con una gran sombrilla encarnada abierta en la mano. Oyésele tararear alegremente.)

ESCENA VI

Dichos y Don JOSÉ MARÍA

JOSÉ (Cierra la sombrilla y salta de la jaca. Mientras la ata por la brida a la estaca que se supone hay al lado de la puerta, por la parte de fuera, exclama en tono jovial.) ¡Buenos días, Mariángela y la compañía!

MAR. ¡Don José María! ¡Cuánto bueno! Algún santo le ha tocao a usté en el corazón.

JOSÉ Pues mire, en todo caso habrá sido a la Rojilla, porque yo creo que ella sola me ha traído aquí.

MAR. Pues el animalico ha obrao como un sabio, como si supiera el alegrón que nos iba a dar.

JOSÉ (Adelantándose hacia el proscenio.) Gracias, Mariángela, gracias por la lisonja... que se le aprecia. Y tú, Frasco, ¿todavía por aquí? Yo ya te hacía casado... y padre de familia.

FRA. (Ríe.) ¡Jinojo! No vayasté tan aprisa, que too se andará, si Dios no dispone lo contrario.

JOSÉ ¡Hombre! ¡Como veo que esto del casorio cuando entra es cosa que va por la posta!

FRA. Pues pa que lo sepa; el domingo pasao nos echaron la primera y si Dios quiere y no nos morimos, allá pa la Purísima... (Hace ademan de bendecir.)

JOSÉ (Dandole palmadas en la espalda.) Muy bien, Frasco, muy bien; de todo corazón te felicito. Haces santamente.

FRA. Aunque usté se ría.

JOSÉ (Muy serio.) ¡Qué me he de reir, hombre! ¿Por qué quieres que me ría?

FRA. ¿Como esto del casorio lo ha visto usté siempre tan negro?...

JOSÉ ¡Quitá allá, hombre, quita allá! ¿No lo oye usted, Mariángela? Las cosas mal hechas

sí que me dan miedo; no las que se hacen cuándo y cómo deben hacerse. El matrimonio es cosa seria, muy seria, que debe reflexionarse mucho. Casarse, pronto está dicho. Sobre todo, cuando uno ve a esos jovenes sin experiencia, que apenas principian a vivir, lanzarse al matrimonio a tontas y a locas... ni más ni menos que como quien se bebe un vaso de agua... siendo así que, bien mirado... vamos ¡que el casarse no debería ser cosa de jóvenes! ¿No es usted de mi opinión, Mariángela?

MAR. Ya tié usté razón. Si too el mundo pensase como usté no se verían las cosas que se ven.

FRA. Y que es la pura verdad.

JOSÉ Pero que un hombre, llegado a la edad de la reflexión, conocedor de la vida—como tú, por ejemplo—se busque compañera y funde un hogar, hombre ¡si es la cosa más natural del mundo!

FRA. Ve usté ¡eso es el mismo evangelio! ¡Qué lástima, pero qué lástima que usté... porque usté sí que habría hecho feliz a una mujer!

JOSÉ (Envanecido.) ¿Crees tú?

MAR. Y tié muchísima razón.

FRA. ¡Qué lástima, digo, que cuándo estaba usté aun a tiempo!...

JOSÉ (Sonriendo maliciosamente.) Y ¿quién te dice que no estoy a tiempo todavía?

ESCENA VII

Dichos y el MOZO con el sombrero lleno de manzanas entre las manos

MOZO Aquí tié usté las manzanas, son las mejores que había; pero lo que es peras no hay ninguna que se puea comer, toas son verdes.

JOSÉ (Tomando una manzana y oliéndola con delicia.) ¡Oh, la manzana, la manzana! ¡No hay nada como la manzana!

FRA. (Riendo.) Sí, pero ella fué la perdición de nuestros primeros padres.

JOSÉ (Riendo también.) Como será la perdición de nuestros últimos tataranietos. Pero, ¿y Angelilla? ¿Cómo está? ¿Qué es eso que no se la ve?

MAR. Mire usté que cabeza la mía, ni me acordaba siquiera. (Al mozo.) Anda, llévate estas manzanas allá dentro y dile a Angelilla que venga. ¡No sé onde demonio se mete esa muchacha!

MOZO (Dirigiéndose hacia la casa.) Desde las cámaras la he visto que iba a la huerta con Rabiche.

MAR. ¡Demonio é mocica! No sé lo que tié hoy; paece que ha comío rabo é lagartija. Oye, Frasco: llégate en un salto a la huerta y dile que venga porque está don José María. (Vase el Mozo por el fondo.) ¡No se va a poner poco contenta cuando sepa que está usté aquí! (Sonriendo con cierto misterio.) Es que le tié que ecir una cosa.

JOSÉ (Sorprendido y emocionado.) ¡A mí!

MAR. (Con mucha intención.) A usté, a usté.

JOSÉ Pues, mire usted que casualidad; yo también tengo que decirle otra.

MAR. ¿A ella?

JOSÉ (Sonriendo.) A ella, a ella. (Poniéndose serio.) Y a usted también, Mariángela; a usted también tengo que hablarle y a Ambrosio. ¿Dónde está Ambrosio?

CRIA. (Desde la puerta.) El dulce está a punto é caramelo.

MAR. (Repentinamente alarmada.) Pues corre, no se te vaya a quemar; apártalo del fuego y... pero más vale que vaya yo misma. Disimule usté un momento, don José María, pero una tié que estar en too. En un periquete estoy aquí.

JOSÉ Sin cumplidos, sin cumplidos; ya sobrará tiempo.

MAR. Hasta ahora. (Vase corriendo por la derecha.)

JOSÉ (Al verse solo exhala un gran suspiro y después de dirigir a todos lados una mirada extática, exclama:)

ESCENA VIII

Don JOSÉ MARIA

JOSÉ (Con beatitud.) ¡Qué día más espléndido! ¡Qué hermoso es todo! Todo es alegría, alegría en el cielo, en la tierra, en la luz, en el aire, en el canto de los pájaros, en el acento de los hombres, en el color de las cosas... ¡Como se conoce que se prepara un gran acontecimiento! Digan lo que quieran, la naturaleza toma parte en nuestras alegrías, como en nuestras tristezas. Hoy es un día de aquellos en que uno quisiera encontrar enemigos para tener el placer de perdonar; pero no; no se ven sino corazones nobles, caras alegres, todos los hombres parecen santos, todas las mujeres ángeles. Hoy respiran amor todas las cosas...

ESCENA IX

El mismo y ANGELILLA que entra por el fondo con una haldada de pasionarias

ANG. (Dando un grito de alegría.) ¡Don José María!

JOSÉ (Lo mismo.) ¡Angelilla! (Corren el uno hacia el otro y permanecen con las manos cogidas unos instantes, contemplándose con gran efusión. Caen las flores al suelo.)

ANG. (Radiante.) ¡Ay, don José María! ¡Estoy más contenta!

JOSÉ (Muy emocionado.) También lo estoy yo.

ANG. ¿Creerá usté que no sé lo que me pasa?

JOSÉ Tampoco sé lo que me pasa a mí... y mira, ni quiero saberlo. Sé que estoy contento, que tú lo estás, que lo están todos... y no quiero saber nada más... (Se sueltan las manos.)

ANG. (En tono confidencial.) Tengo que decirle asté una cosa.

JOSÉ Yo también tengo que decirte otra.

ANG. Pues principie usté.

JOSÉ No, eso, no, de ningun modo, te toca a ti, ya que has sido la primera en hablar.

ANG. Eso sí que no, no faltaba más. A usté le corresponde por derecho.

JOSÉ Déjate de derechos. Delante de unos ojos como los tuyos, de unos labios como los tuyos, de una gracia tan soberana como la tuya ¿quién es capaz de hablar de derechos?

ANG. Pues yo digo que delante de una persona tan güena como usté, tan sabia como usté...

JOSÉ Calla, calla, aduladora...

ANG. Tan apreciá como usté...

JOSÉ Vamos, sigue, sigue... ve diciendo.

ANG. Es que es la pura verdad; a usté toos le quieren.

JOSÉ ¿Todos?

ANG. Y con razón. Usté es la providencia de los pobres, de los enfermos...

JOSÉ ¡Bah, bah, bah! Déjate de enfermos; no se trata de enfermos ahora. Mira Angelilla, mira ese cielo tan azul, ese sol tan alegre, ¿no es verdad que hoy el mundo parece renacer a una nueva vida, llena de salud, de juventud... de am... (Asustado de lo que iba decir.) Vamos, habla, habla ¿qué es lo que tenías que de decirme?

ANG. (Con zalamería.) ¿Y qué es lo que teniasté que decirme a mí?

JOSÉ La galantería exige que las damas sean las primeras. No me hagas faltar a la regla.

ANG. (Riendo.) Vaya una dama.

JOSÉ (Riendo también.) ¡Ya te entiendo! Ahora sólo me toca añadir: ¡Vaya un galán! ¿No es

eso? (Ríen los dos.) Habla, habla, Angelilla, soy todo oídos. (Pausa. Angelilla baja los ojos.)

ANG. (De repente.) ¿No se lo figurasté?

JOSÉ (Haciendo el inocente.) Yo... pobre de mí, ¿qué quieres que me figure? ¿Crees que tengo tu picardía?

ANG. A ver si lo adivinasté.

JOSÉ No, hija, no; en mi vida he servido para descifrar acertijos.

ANG. Vamos, piense usté un poco. Es una cosa grande, muy grande, y al mismo tiempo tan natural que el más tonto la acierta enseguía.

JOSÉ Es... es... Vamos, no hagas más que decirme una palabra.

ANG. ¡Ca! No tendría gracia. ¡Rabineustél ¡Rabineustél Quiero que desatine usté un rato.

JOSÉ (Con intención.) ¿No he desatinado bastante? ¿Aun quieres que desatine más?

ANG. (Reparando en las flores caídas en el suelo.) ¡Ah! ¡Si seré tonta! Ya no me acordaba de las pobrecicas flores. (Va a cogerlas, adelántase don José María y se las da.) A ver, a ver; vaya usté pensando mientras yo hago el ramo. (Angelilla va poniendo en el jarro ramas de pasionaria; entretanto don José María se sienta en el borde de la mesa y balanceando una pierna con aire jovial, contempla embobado a la muchacha.)

JOSÉ ¡Qué flores más hermosas!

ANG. ¿Sí? Son las únicas que hay.

JOSÉ ¿Y qué flores son?

ANG. ¿No las conoce usté? Son pasionarias. Mire usté. (Enseñándole una.) Esta es la flor de la pasión.

JOSÉ ¿De la pasión?

ANG. Sí.

JOSÉ ¡Qué flor más simbólica!

ANG. ¿Vé usté? Esto son las apóstoles. (Arranca un pétalo y se lo come.)

JOSÉ ¿Y te los comes?

ANG. ¡Ay! ¡Si es más dulce la flor de la pasión! ¿No la ha probado usted nunca?

JOSÉ No, nunca.

ANG. Pues pruébela usté; ya verá que dulzura. (Le da un pétalo.)

JOSÉ (Con delicia.) En efecto, ¡Sí que es dulce! Jamás lo hubiese dicho!

ANG Esto ¿ve, usté? es la corona de espinas.

JOSÉ ¡Ah! ¿También tiene espinas?

ANG. ¡Vaya! ¡Y aun son más dulces! Pruébelas. (Probando un pedacito y dando otro a don José María.)

JOSÉ ¡Qué dulzura tan esquisita!

ANG. Esto son las llagas.

JOSÈ ¿Y también son dulces?

ANG. Todavía más dulces. Tome, esto son los clavos.

JOSÉ ¡Qué gusto a miel!... Pero una miel... especial... desconocida...

ANG. Y esto es el pilar... el pilar donde ataron a Nuestro Señor Jesucristo, por nuestras culpas y pecados.

JOSÉ Sabes que es muy hermoso todo eso... y sobre todo contado por ti. ¡Y pensar que yo no sabía una palabra!

ANG. Claro está, porque lo que usté sabe son cosas sabias, mientras que todo esto que le estoy contando no son más que criaturás.

JOSÉ Mira, Angelilla, más vale eso que tu sabes y que llamas criaturadas, que todo lo que yo ha aprendido en los libros. Y... ¿quieres que te hable con toda franqueza, con el corazón en la mano? Pues el mejor libro, el libro más hermoso, más lleno de ciencia humana y divina que he hojeado en mi vida... eres tú. (Angelilla rompe en una gran carcajada.) Oh no te rías, no te rías.

ANG. Vamos, nunca hubiese dicho que una persona como usté, tan seria, supiese gastar bromas, así... como un joven.

JOSÉ Es que no son bromas, Angelilla. Es que he principiado por decirte que hablaba con el alma en los labios, y si no quieres creerme, si quieres que te hable todavía más

con el corazón, así «como un joven» como tú dices, porque el corazón lo es siempre... (Transición. Le coge las manos apasionadamente.) pero antes me has de prometer no reirte, ¿sabes? Estás muy hermosa, divinamente hermosa cuando ríes, pero ahora, por Dios, te lo suplico, ¡no te rías, no te rías, Angelilla! ¿Me escucharás bien seria? ¿Me lo prometes?

ANG. (Poniéndose seria domada por el acento de sinceridad con que habla don José María.) Se lo prometo.

JOSÉ Pues, bien, Angelilla...

ESCENA X

Dichos y MARIÁNGELA saliendo en escena

MAR. ¡Gracias a Dios que doy con ella! (Don José María suelta las manos de Angelilla y queda confuso y jadeante.) ¿No se encuentra usté bien, don José María?

JOSÉ (Dominándose.) Muy bien, Mariángela, muy bien.

MAR. ¿Ya se lo debe haber dicho Angelilla?

JOSÉ No me ha dicho nada.

MAR. ¿Pues en qué piensas, chiquilla? ¡Si don José María tenía de ser el primero en saberlo!

JOSÉ (Con risa forzada y subrayada la frase.) Es que ha querido hacerme desatinar un rato.

ANG. (Como la grana.) No he sabío como principiar; ¡me da una vergüenza el decirlo!

MAR. No le haga usté caso, don José María, es de la misma alegría. En llegando este trance toas hacen lo mismo. Oye, ¿no han acabao esos toavía?

ANG. (Sigue arreglando el ramo.) No los he visto.

MAR. Ya se ve, ¡tién tantas cosas de que hablar! Además ese Pepe Alonso es tan retemirao y puesto en sus puntos que no le gusta decir las cosas a medias ni dejar na en el

aire; sobre too tratándose de intereses. ¿No conoce usté a Pepe Alonso?

JOSÉ (Distraído.) ¿Pepe... Alonso?

MAR. Sí, Pepe Alonso, el de Linares.

JOSÉ Ah, ya.

MAR. Ahora está allá dentro con su hijo... ¿Ya debe usté conocer también a su hijo?

JOSÉ (Indiferente.) No, no le tengo presente.

MAR. Es un muchacho que vale tocs los dineros. ¡Ya vienen! ¡Vamos, ya ha durao la conferencia!

ESCENA XI

Don JOSÉ MARIA, ANGELILLA, AMBROSIO, MARIÁNGELA, PEPE ALONSO y RAFAEL. Satisfacción en todos los semblantes. Angelilla y Rafael cruzan miradas de inteligencia.

AMB. ¡Viva don José María! Es que le ha traído a usté un angel de la mano. Usté no podía faltar hoy aquí. (Saludos y apretones de manos entre Pepe Alonso, Rafael y don José María, éste un si es no es aturdido.)

MAR. Es que, bien mirao, si no es por él a estas horas no habría nada de lo que hay. Ya le podéis dar gracias, porque lo que es a principios de verano Angelilla iba por mu mal camino. Y si no ahí está él que lo diga.

JOSÉ (Confuso.) En efecto... durante algunos días... llegó a inspirarme... a inspirarme...

AMB. Si, pero... (Riendo.) no se ofenda usté, don José María, yo no diré que no hiciese usté too lo que sabía, pero, vamos, confiese usté que nunca vió la cosa mu clara. (Riendo.) Como nosotros ¿eh?

MAR. ¡Por Dios, Ambrosio!

AMB. Vaya, clarito, ¿quié usté saber cual era la enfermedá? Este barbián que está aquí. (Dando palmadas en la espalda de Rafael.) Y ¿sabe usté quien ha sío el médico que la ha dao de alta? Este buena pieza de Pepe Alonso.

(Risotada general.) Claro está; los muchachos paece que se tenían voluntá desde hace ya tiempo, sin que ninguno de nosotros hubiese notao ná. (Guiñando el ojo.) ¡Vaya usté a fiarse de las mosquitas muertas! Y el día en que Rafael se lo dijo a su padre, paece que éste se puso hecho una furia.

PEPE — Alto; las cosas se han de decir como son. Yo, como padre que mira por el día de mañana, había echao mis cuentas, había formao mis planes, cuando me sale este y me lo echa too a rodar. «Que ha de ser la mocica de la Montesina o ninguna». Yo: «que ha de ser la mocica del Molino de las Navas». «Que sí» y «que no». Que te echo de casa», «que me voy y no tié usté más hijo en el mundo...»

AMB. — Y nosotros sin saber ná.

MAR. — ¡Figúrese usté la muchacha cuando lo supo! De eso le vino too.

AMB. — Hasta que este (Aludiendo a Pepe Alonso.) viendo que la cosa se ponía seria...

PEPE — Hay que desengañarse, un padre siempre es padre, y antes de que por mi culpa hiciese un disparate el muchacho...

AMB. — Se nos aparece aquí ayer... y trato hecho. (A don José María.) ¿Qué habría contestado usté en nuestro lugar?

JOSÉ — (Aterrado, balbuceandó.) Si... ya comprendo... ya comprendo...

PEPE — (A los dos jóvenes.) Vaya, ya os podéis dar las manos, que por nuestra parte no hay más que hablar. Ahora too es cosa vuestra y del señor cura.

RAF. — (Con ternura.) ¡Angelilla!... (Cogiéndole las manos.) ¿No te dije siempre que tenías que ser tú o ninguna?

ANG. — (Mimosa.) No vales tú lo que me has hecho sufrir, no lo vales. Ya pués alabarte diciendo por ahí que por ti he pasao muerte y pasión. (De repente.) Toma, guárdala como recuerdo. (Arranca una pasionaria del ramo

y se la pone en el ojal. Los padres ríen y hablan con gran algazara. Entre tanto don José María cabizbajo y triste, se dirige al fondo y desaparece.)

RAF. Vaya si es amarga la florecilla. Pero bien mirao, ¡también es bien dulce! ¿Verdad, Angelilla?

ANG. (Riendo.) Y a propósito. ¿Creerás que don José María, que sabe tanto, tanto, no sabía que la flor de la pasión fuera tan dulce? (Volviéndose.) ¿No es verdad, don José María? (Llamándole.) ¡Don José María! (Todos se vuelven extrañados de no verle.) ¿Dónde se habrá metido ese buen señor? ¡Don José María!

RAB. (Entra por el fondo.) ¿Don José María? Se las ha pirao.

ANG. ¿Que se ha marchao? No pué ser.

RAB. ¡No es guasa! Mírenlo ustés, ahora pasa por el recoo de la fuente.

ANG. ¡Qué cosa más rara! ¿Y tú lo has visto salir?

RAB. Y que se le iba cayendo un lagrimón como el puño.

AMB. (Dándole un cogotazo.) ¡Calla, embustero! A ver si te...

RAB. ¡Qué es verdá! ¡Qué es verdá! ¡Por la salú é mi mare!

MAR. No me extraña; el buen señor se ha conmovío; ya le he conocío yo que se afectaba. ¡Ay, Angelilla! Ya te lo pués querer, porque cree que te quiere.. como á una hija.

FIN DE LA OBRA

BIBLIOTECA
TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21-BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar
La Ola gigante
El señor Conde de Luxemburgo
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
El Sol de la Humanidad
Zazá
Mujeres Vienesas
Hamlet
Giordano Bruno
El Nido Ajeno.
El Rey
Prisionero de Estado o La Cortede Luis XIV
Los Miserables
La ladrona de niños
Los dioses de la mentira
Cristo contra Mahoma
Juventud de Príncipe
Juan José
La sociedad ideal.
La cizaña
Entre ruinas
La vida es sueño
Sabotage
Pasa la ronda
Magda
El Papá del Regimiento
El Alcalde de Zalamea
Los dos pilletes
D. Juan de Serrallonga
El Rey Lear
Espectros
Las Cigarras Hormigas
El Registro de la Policía
El vergonzoso en Palacio
La Fuerza de la Conciencia.
Aurora
Eva
El Bufón
El Cuchillo de Plata
Nick Carter
La Cena de los Cardenales
¡Justicia Humana!
El Señor Feudal
El veranillo de S Martín

Seguirá la obra

El desdén con el desdén

Comedia en verso original del inmortal poeta

AGUSTIN MORETO

Precio: DOS pesetas